

# canto destruido

CARLOS PELLICER

¿En qué rayo de luz, amor ausente  
tu ausencia se posó? Toda en mis ojos  
brilla la desnudez de tu presencia.  
Dúos de soledad dicen mis manos  
llenas de ácidos fríos  
y desgarrados horizontes.  
Veo el otoño lleno de esperanzas  
como una atardecida primavera  
en que una sola estrella  
vive el cielo ambulante de la tarde.  
Te llamo, amor, y nada estoy diciendo  
para llamarte. Siento  
que me duelen los ojos de no llorar. Y veo  
que tu ausencia me encuentra con el cielo encendido  
y una alegría triste de no usarla  
como esos días en que nada ocurre  
y está toda la casa  
inútilmente iluminada.

En la destruida alcoba de tu ausencia  
pisoteados crepúsculos reviven  
sus harapos, morados de recuerdos.  
En el alojamiento de tu ausencia  
todo lo ocupo yo, clavando clavos  
en las cuatro paredes de la ausencia.  
Y este mundo cerrado  
que se abre al interior de un bosque antiguo  
ve marchitarse el tiempo  
despoblarse la luz y mira a todos lados  
sin encontrar el punto de partida.

Aunque vengas mañana  
en tu ausencia de hoy perdí algún reino.  
Tu cuerpo es el país de las caricias,  
en donde yo, viajero desolado  
—todo el itinerario de mis besos—  
paso el otoño para no morirme  
sin conocer el valor de tu ausencia  
como un diamante oculto en lo más triste.



# Los hijos del hombre

RAMÓN MENDOZA MONTES

Prendidos al estambre de las venas,  
húmedos en la seda de la sangre,  
mueven sus manos, signan su presencia,  
establecen su rostro nuestros hijos.

Hijos como semillas que en la tierra  
irrumper, poco a poco, la tiniebla  
y buscan la ventana del asombro  
hacia el claro de luz, hacia la ausente  
catarata de entrañas —en derrame—  
bordeando por incógnitos barrancos  
tras el poro preciso del escape.

En el largo paisaje de allá dentro  
bulle la caminata de mil ciegos  
aferrados los unos a los otros  
todavía sin recuerdos, todavía  
como las hojas van dentro del árbol:  
líquidas, huidizas, sin murmullos;  
como va la futura estalactita  
derramada, fluctuante, sin figura,  
arrastrando su gota constructora  
entre monte y raíces compungidas.

Nuestros hijos van siempre con nosotros,  
bajo un joven perfume de naranjos,  
a robar un calor de cabelleras  
caídas en espaldas de pan blando.  
Nos inquietan, nos urgen, nos dominan,  
nos acercan al límite del labio  
la parcela entusiasta de otros labios  
de mujer que besamos y besamos...  
y se entierran después, en las caricias  
a crecer su silencio de murallas,  
su vellón de ternera y la inefable  
santidad rumorosa de su cárcel.

O quizás, nuestros hijos van creciendo  
—adentro de la sangre— como crecen  
los colores que tiñen alumbrando  
las quebradizas plumas del canario.

Sin sentirlo nosotros, sin dolernos:  
como crecen también, sin lastimarnos,  
las retinas del ojo cuando entramos  
de la tarde llovida a un negro cuarto.

(... Les prestamos un viento diminuto,  
el mínimo contacto con el astro  
y la esperanza de coger guijarros  
cuando estallen ¡por fin! en nuestras manos...)

